

Reconocimiento a una figura preponderante de la música popular colombiana

Guillermo Buitrago. Precursor de la música vallenata

ÉDGAR CABALLERO ELÍAS
Universidad del Magdalena, Santa Marta, 2020, 328 pp.

GUILLERMO BUITRAGO es, sin duda, una de las grandes figuras de la música en Colombia de todas las épocas, por cuenta de su impacto comercial, influencia en otros artistas, permanencia en el tiempo y originalidad, entre otras cosas. Su trascendencia, pese a una temprana muerte el 19 de abril de 1949, a los 29 años, se manifiesta en las muchas canciones de él que aún se escuchan, cantan y parrandean en Colombia, ya sea con sus grabaciones originales o con las de otros intérpretes que, muchas veces, lo imitan hasta la saciedad.

Sin embargo, a pesar de su importancia, muchos no conocen mayor cosa del artista nacido el 1.º de abril de 1920 en el municipio de Ciénaga (Magdalena), pues no le han hecho mayores homenajes o construido bustos en su memoria, tal vez por su prematura muerte y los cambios que posteriormente manifestaron las sonoridades de los géneros musicales de los que fue parte, como precursor e innovador.

Esto hace que sea una buena noticia la publicación del libro *Guillermo Buitrago. Precursor de la música vallenata*, del investigador cienaguero –como Buitrago– Édgar Caballero Elías. Se trata de una muy juiciosa exploración que a lo largo de 18 capítulos con varios subcapítulos narra de manera amena, con algunas fotografías, aunque no tantas, los diferentes momentos de la vida y obra del artista, enmarcados en algunas situaciones del contexto de la época y varios hechos que ejemplifican la manera en que Buitrago se convirtió en uno de los grandes ídolos de la música colombiana, tal vez el más reconocido de su tiempo, con el perdón de Lucho Bermúdez.

El libro es, por cierto, la reedición de un trabajo publicado dos décadas atrás, que la editorial de la Universidad del Magdalena decidió sacar nuevamente al público, a propósito del centenario del nacimiento del cantautor, aunque de manera ampliada y corregida, al recopilar nueva información y hacer un más cuidadoso trabajo editorial. El documento se presenta con una bonita carátula, clara redacción y buena diagramación, lo que deja ver que la editorial tiene experticia, y esto no ocurre siempre en otros lugares.

La obra arranca con un contexto general que nos habla un poco de la época en que se desarrolló la vida y obra de Buitrago. Se detiene en las características sociales, culturales e históricas de Ciénaga, aludiendo a la industria bananera afincada en el Magdalena en manos de empresas extranjeras que montaron una estructura y un esquema diferenciados con respecto a quiénes estaban o no adscritos a su control, y cuya más dramática experiencia fue la masacre de las bananeras de 1928, hecho que Caballero menciona someramente.

En ese mismo contexto de dominio por los tradicionales factores de poder, el autor nos da abundante información sobre la familia de Buitrago y explica las razones por las cuales, por ejemplo, tenía un apellido diferente al de sus hermanas (él era Buitrago de la Hoz y ellas Buitrago Henríquez, a pesar de ser hijos de los mismos padres). La explicación aportada es que la forma como se registraban los hijos dependía del arbitrario punto de vista del sacerdote en los bautizos, quien, con base en la “legitimidad” de determinadas uniones, tomaba las decisiones del caso.

Esto pone en evidencia los entornos “premodernos” en los que Buitrago nació, y que dieron paso a procesos de modernización y apertura cultural con el fortalecimiento de emisoras de radio y la conformación de casas discográficas que comenzaron a mercader la música con criterios similares a los que se utilizaban en otros países. Para esto, la figura de Buitrago: joven, elegante y, que no se olvide, blanco y rubio (algo que el autor del libro no tiene en cuenta), ataviado con ropa elegante y, si se quiere, de corte “internacional”, fue muy efectiva. De esta manera, Buitrago, por su figura,

carisma y, por supuesto, talento, fue fundamental para “modernizar” y comercializar la música hecha en Colombia, convirtiéndose en uno de sus más importantes representantes.

En esta vía, Caballero nos cuenta sobre la inmensa popularidad del artista cienaguero, menciona aspectos de su personalidad metódica, tal vez heredada de su padre antioqueño, así como del centenar de canciones que grabó –muchas de gran éxito–, ya fueran propias, como “Las mujeres a mí no me quieren”, “Compae Heliodoro”, “El huerfanito” y “Ron de vinola”, entre muchas otras, o compuestas por otros, como “Dame tu mujer, José”, “El testamento”, “Qué criterio” (“La gota fría”), “Víspera de Año Nuevo”, “La piña madura” y “Grito vagabundo”. En varios apartes el autor profundiza en la historia de canciones que muchas veces hemos escuchado, explicándonos quién es el compadre Heliodoro, por qué alguien le solicita a José que le dé a “su mujer”, o a qué se refería cuando se encontró una “araña con pelos en el alar de su casa”.

El libro también nos cuenta sobre las influencias que Buitrago adquirió de géneros musicales de otros países como Cuba, Argentina y México, que con sus boleros, guarachas, tangos y rancheras copaban gran parte de la música escuchada en las emisoras colombianas, ante lo cual sus canciones empezaron a rivalizar en popularidad. Además, hace referencia al desarrollo de nuevos formatos instrumentales que, pese a los cambios históricos, aún existen (por ejemplo, el uso de dos guitarras y guacharaca, que se consolidó con la agrupación Guillermo Buitrago y sus Muchachos), y a las diferentes tradiciones que Buitrago reivindicó, principalmente las de su tierra, Ciénaga, y más adelante las del Valle de Upar, lo que logró al grabar la música de Rafael Escalona y popularizarla en todo el país. De esta manera, se consolidó a su vez como importante influencia para otros artistas, de su época o posteriores, entre los cuales se pueden mencionar, por citar unos cuantos, a los que tocaron con él: Ángel Fontanilla y Carlos “el Mocho” Rubio, quienes fueron sus acompañantes más exitosos entre 1947 y 1949; Efraín Torres, Ezequiel Rodríguez y el entonces muy joven Julio Bovea, quien

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
<p>formaría posteriormente, en compañía de Alberto Fernández y Ángel Fontanilla, la legendaria agrupación Bovea y sus Vallenatos; Julio Erazo (el “cachaco” que, según el libro, popularizó en Colombia, en gran medida, la música con acordeón) y Julio Torres, entre muchos más.</p> <p>A la vez, es muy interesante –y me sorprendió bastante– conocer la influencia que tuvo Buitrago en importantísimas agrupaciones, pues Los Trovadores de Barú, que lo acompañaron en varias canciones, hicieron uso de instrumentos como acordeón, saxo, clarinete, trompeta y percusión, y fueron base fundamental para la emergencia de grupos emblemáticos de décadas posteriores como Los Corraleros de Majagual, y los de Aníbal Velásquez, Alfredo Gutiérrez y Lisandro Meza.</p> <p>Así, el autor establece conexiones entre músicos de la zona del Caribe, que se ampliaron cada vez más en cuanto a formatos instrumentales, estilos e influencias. Esto se puede complementar con la incidencia de Buitrago en la música del interior (que circulaba por todo el río Magdalena y hoy sigue siendo reclamada como propia en poblaciones como Honda), en géneros como las rumbas criollas y, posteriormente, la carranga.</p> <p>El libro también menciona algunas polémicas que protagonizó el artista cienaguero, como las acusaciones –muchas de ellas posteriores a su muerte– de haberse adjudicado la autoría de obras de otros compositores (“La gota fría”, “La araña picúa” o “Víspera de Año Nuevo”, entre otras). El autor contradice lo anterior y afirma que Buitrago no era un “usurpador”, que esas acusaciones fueron proferidas, principalmente, por los dueños de las casas disqueras, en un contexto en que la legislación sobre derechos de autor no era tan clara en Colombia; esto sumado a que algunos autores y compositores no registraban debidamente sus canciones. Sobre ese tema, el texto alude a situaciones similares vividas por otros artistas, como por ejemplo que el tema “Se marchitaron las flores”, de Andrés Paz Barros, se convirtió en “Mi cafetal” de Crescencio Salcedo, y “La cumbia cienaguera”, del mismo Paz Barros, estuvo en pleito, pues Luis Enrique Martínez y</p>	<p>Esteban Montaña reclamaron su autoría. Igualmente, la melodía de “El tabanero”, de Dámaso Hernández Moreno, se convirtió en la de “La múcura”, que con otra letra consagró nacionalmente a Crescencio Salcedo. Al respecto hay que mencionar que Buitrago adaptó algunas de las canciones que grababa de otros autores, cambiando muchas de las letras –algo usual en aquellos tiempos– y convirtiéndolas, por su éxito comercial, en las versiones que hoy conocemos.</p> <p>En el texto también se hace referencia a algunas de las rivalidades que tuvo Buitrago con artistas relevantes como los ya mencionados Julio Bovea y Luis Enrique Martínez (quien compuso un tema atacando a Buitrago, titulado “La rana blanca”, a lo cual este le contestó con “El gallo atravesado”), y por supuesto, a la lucha constante para darse a conocer. En un comienzo tocó su música en pequeños establecimientos; luego grabó acetatos en fábricas artesanales para venderlos en distintos sitios (cuestión muy interesante que, por sí sola, ameritaría toda una investigación); participó en programas radiales, no solo como músico sino también como actor, primero en Ciénaga y luego en Santa Marta y Barranquilla; continuó con su labor como exitoso creador de jingles, muchas veces parodias de temas conocidos, pero también obras originales, y finalizó su consagración artística al firmar con la casa disquera cartagenera Fuentes (también grabó con Odeon y Atlantic), la cual le permitió tener un aparato comercial que garantizó la difusión de sus temas para convertirlo en un ídolo de la música popular colombiana.</p> <p>El libro cierra con la referencia a la temprana y sorpresiva muerte de Buitrago, quien iba a iniciar una gira internacional. Sin embargo, el artista tenía tuberculosis, enfermedad que no pudo superar. Caballero tampoco deja de lado los rumores que surgieron alrededor de un posible envenenamiento por uno de sus rivales musicales, lo cual, por cierto, Lilia Gallardo, su viuda, sostenía.</p> <p>Al final, el lector encuentra un listado completo de las canciones grabadas por Buitrago, e incluye algunas que nunca se conocieron y tristemente se perdieron.</p>	<p>El libro, por supuesto, no es perfecto, pues tal vez podría haber plasmado un poco más el contexto social y político de Colombia en aquellos años (que era, como casi siempre, complejo). A la vez, considero que el título no hace justicia a todo lo que Guillermo Buitrago significó, pues fue mucho más que un precursor de la música vallenata. Se trata de una poderosa figura de la música popular colombiana en general, cuya faceta vallenata fue importante, pero no la única.</p> <p>No obstante, queda claro que el libro <i>Guillermo Buitrago. Precursor de la música vallenata</i> es un excelente trabajo que enmarca un merecido reconocimiento a una figura preponderante e ineludible para todo aquel que quiera saber de la música popular colombiana.</p> <p style="text-align: right;">Petrit Baquero</p>